

¿LA HISTORIA EN CRISIS O PLURALISMO Y NUEVOS TERRITORIOS?

La recién estrenada sensación de estabilidad, los progresos en el conocimiento de nuestro inmediato pasado y el interés público que despertaban los debates sobre República, guerra y dictadura, pueden explicar que las agrias polémicas que se desarrollaban entre historiadores, filósofos y teóricos de la historia en Gran Bretaña y Estados Unidos en torno a las crisis de la filosofía analítica de la historia, de la ciencia social marxista y de las diversas escuelas estructuralistas sobre la posibilidad misma de un conocimiento científico del pasado hayan tenido entre nosotros escaso y tardío eco¹. Fueron años en los que, mientras España consolidaba una democracia y un Estado de bienestar que comenzaba a ser digno de ese nombre, en Europa parecían sucumbir una tras otra todas las seguridades concebidas durante la larga fase de amplio consenso social y político y de crecimiento económico de la posguerra. A la par que crujían las sólidas estructuras del capitalismo y del socialismo real, en historia, el retorno de la narrativa, la vuelta al sujeto y la primacía de la política se fundieron con el giro lingüístico en estudios culturales y el anuncio del fin de los grandes relatos por el pensamiento posmoderno, extendiendo una sensación de crisis que se reflejó en la propuesta de un *tournant critique* por *Annales*, la disolución del Grupo de Historiadores marxistas británicos o el cambio de dirección de *History Workshop* al dejar caer su subtítulo como revista de historia del socialismo y del feminismo: la vieja historia social que había dado por supuesta la solidez de las estructuras sin, por eso, dudar de la eficacia de la agencia humana en su posible transformación, entraba en una especie de crisis terminal.

· Fragmentos de Santos Juliá, *Elogio de historia en tiempo de memoria*, Madrid, Fundación Alonso Martín Escudero y Marcial Pons, 2011.

¹ Miguel Ángel Cabrera. "El debate postmoderno sobre el conocimiento histórico y su repercusión en España", *Historia Social*, 50, 2004, pp. 141-164. Caso de especial acritud fue el debate, si así puede definirse, entre Richard J. Evans y Keith Jenkins.

De momento, el tono triunfalista que dominaba en las revistas de historia social a mediados de los años 70 se trocó, así que pasaron veinte años, en la angustiada pregunta sobre su inminente fin². Esto ocurría poco tiempo después de que la sociología se hubiera planteado su posibilidad misma de supervivencia y de que los grandes procesos que conformaron la modernidad occidental -urbanización, industrialización, educación masiva, crecimiento económico sostenido, Estado social y democrático- parecían haber llegado a término. La sociedad industrial, con sus jerarquías y estratificaciones, entraba en declive, dando paso a estructuras sociales más complejas, en las que perdió su antigua claridad y virulencia la línea de división de clase mientras se multiplicaban los conflictos o líneas de ruptura por edades, género y raza. La sociedad dejó de considerarse como una totalidad estructurada y la crisis fiscal hizo perder al Estado su carga como proyecto moral y su capacidad de configurar la sociedad. Surgió con nuevo ímpetu el interés por el género, los grupos de edad, los grupos pequeños, el yo, el signo, los valores, las actitudes, esto es, todo aquello que la historia social había marginado –o se daba por supuesto que había marginado- en su época dorada. Si esta historia social, que comenzaba a ser llamada clásica o vieja, se había inventado para dar cuenta de la sociedad industrial y del Estado de bienestar, la historia social llamada nueva girará en torno a métodos, temas y sujetos que se daban por excluidos del triunfo de aquellas grandes construcciones: la narrativa, la relación de la historia con la antropología, la importancia del lenguaje en la construcción de realidad y, aunque su ámbito abarca a toda la historia y no solo a la social, la posibilidad misma de escribir historia en la llamada sociedad posmoderna.

El debate sobre la narrativa fue iniciado por Lawrence Stone en un artículo que sometía a crítica las conquistas de la "nueva historia" y anunciaba una vuelta al relato, a la historia bien contada, como resultado de la desilusión provocada por el modelo de determinismo económico y el declive del compromiso político e ideológico de los historiadores³. Esa desilusión o

² Patrick Joyce, "The end of social history?", *Social History*, 20: 1 (enero 1995), pp. 73-91.

³ Para la ya secular historia de la "nueva historia" y sus variedades, Ignacio Olabarri Cortazar, "La "Nueva Historia", una estructura de larga duración", en José Andrés-

cansancio y ese despegue habrían llevado a plantear nuevas cuestiones, a descubrir nuevos objetos de investigación y a establecer nuevas relaciones entre la historia y las ciencias sociales privilegiándose ya no tanto la relación con la sociología y la economía sino con la antropología y la lingüística. Apuntando en dirección similar, pero ahora desde Francia, otro gran bloque de debates planteó la nueva relación entre la historia y las ciencias sociales. *Annales*, en el último número del año 1989, hacía balance de la versión dominante de la historia social como una historia de lo colectivo y numeroso, una historia que pretendía medir fenómenos sociales a partir de indicadores sencillos y cuantificables. A esa historia se le reconocía haber recogido y analizado un material enorme aunque al precio de haber concedido prioridad a las estructuras cuantificables y haber reificado la sociedad. Dominada por grandes modelos -funcionalismo, estructuralismo, marxismo- se veía abandonada por un número creciente de investigadores que reintroducían la memoria, el aprendizaje, la incertidumbre, la negociación en el centro del juego social; reintroducían, en definitiva, al sujeto que los grandes modelos habían abandonado en favor de las determinaciones materiales. En su propuesta a favor de un enfoque subjetivista de lo social, Gérard Noiriel, tras constatar el agotamiento del paradigma cuantitativo, abogaba por la apertura de la historia social a una ciencia social concebida no como ciencia exacta, preocupada por encontrar leyes objetivas que explicaran los hechos sociales, sino como ciencia de lo singular, de la experiencia vivida, que interpretara más que explicara el sentido de la acción. Era como una vuelta a Dilthey a través de Weber para recuperar así al sujeto más que permanecer en Durkheim y derivar de los hechos sociales leyes universales⁴.

En Italia, *Storia della Storiografia* presentaba dos números dirigidos por uno de los más destacados historiadores de la historiografía, Georg Iggers, que se proponían pasar revista a la historia social a finales de los ochenta. Iggers

Gallego, dir., *New history, nouvelle histoire: hacia una nueva historia*, Madrid, Actas, 1993, pp. 29-81.

⁴ "Histoire et sciences sociales: Tentons l'expérience", *Annales ESC*, 6 (noviembre-diciembre de 1989) pp. 1317-1323, que completaba el editorial de marzo-abril de 1988: "Histoire et sciences sociales: Un tournant critique?". De Gérard Noiriel, "Pour un approche subjetiviste du social", *Annales ESC*, 6 (noviembre-diciembre 1989), pp. 1435-1459.

daba por supuesto, en la introducción a la colección de artículos, que el consenso de mediados de la década anterior en torno a la concepción de la historia social como una historia analítica y cuantitativa de las estructuras y de los procesos sociales había sido sustituido por el retorno de la narrativa predicho por Lawrence Stone, por un nuevo interés hacia los pequeños grupos y por una diferente concepción de la comprensión histórica. Como ya había señalado el propio Stone, la historia social se había acercado cada vez más a la antropología y a la semiótica dando así lugar a un debate del que podía resultar un nuevo y fructífero pluralismo. En fin, y por completar el cuadro, desde California, Lynn Hunt levantaba acta del nacimiento de una “nueva historia cultural” cuando escribía que muy pronto otro Carr anunciaría que “mientras más culturales se hicieran los estudios de historia y más históricos se volvieran los estudios culturales, sería mejor para ambos”. Naturalmente, ella misma era ese otro Carr que lo proclamaba, sin necesidad de esperar nuevos anuncios, en ese mismo año de 1989 en el que todo parecía confluír para entonar el réquiem por la vieja historia social⁵.

Y así, mientras las sólidas estructuras cedían terreno ante las tramas de significados, los amplios procesos de cambio social cedían su primacía a los procesos de construcción de las más diversas identidades colectivas: de género, edad, patronazgo, etnicidad, de pueblos colonizados, y muy especialmente, en lo que a nosotros atañe -metidos en el proceso de consolidación de un Estado que por no llamarse plurinacional se llamó de autonomías-, de identidades nacionales. En no pocas ocasiones, los más solventes y originales historiadores del nacionalismo sucumbieron ante "el ídolo de los orígenes" y presentaron como pre, proto o primer nacionalismo, fenómenos culturales con evidentes dimensiones políticas que en sí mismos no eran ni podían ser concebidos como etapas hacia otra manera de identidad sin por eso suprimir su propio valor como provincialismo, regionalismo o doble identidad, que pudieron haber permanecido como tales durante siglos, o ser leídos por las generaciones siguientes de modos diferentes al nacionalismo; o trataban de la nación como de una criatura orgánica cuyo nacimiento, primera

⁵ “Introduction”, en Lynn Hunt, ed., *The new cultural history*, Berkeley, University of California Press, 1989, p. 22.

juventud, madurez y plenitud podía datarse desde la altura alcanzada por la mirada del historiador. La historia con sentido al modo ilustrado, o sea, como progreso de la libertad y de la emancipación, que habíamos arrojado por la ventana por su cien veces falsada carga teleológica retornaba por la puerta del brazo de las historias de las identidades en construcción: alguien planta la semilla de una identidad, otros la riegan, la cultivan y la protegen de sus enemigos y otros finalmente la proclaman constituida: la historia de nuevo convertida en evolución orgánica de una idea germinal que se desarrolla en el tiempo. Una oleada de estudios sobre la invención de las naciones llegadas ya a madurez o de la construcción de nuevas realidades nacionales desplazó el interés antiguo por los procesos sociales, las luchas de clases, o la formación de los Estados y de la sociedad capitalista.

Pero no bien se había anunciado el giro hacia esta “nueva historia cultural” y la “invención” y “construcción” de tradiciones e identidades colectivas barría con su juvenil potencia la vieja lucha de clases como tema predilecto de nuevas generaciones de historiadores, cuando ya se dejaban sentir los golpes que desde la crítica literaria se dirigían contra la secular distinción entre objetividad y subjetividad, entre hecho y ficción, entre historia y poesía, sobre la que había descansado la concepción misma de la historia como ciencia de la sociedad y se anunciaba la mayoría de edad de un “new historicism”. Su objetivo: borrar todas las barreras que separaban la historia, la antropología, el arte, la política, la literatura y la economía⁶, a la espera de liquidar también la diferencia entre historia y ficción. Entre nosotros, Miguel Ángel Cabrera llegaba a la conclusión de que lo experimentado a partir del giro lingüístico y del simultáneo anuncio del fin de los grandes relatos a cargo del posmodernismo, no era la apertura de nuevos campos en los que resultara relevante o imprescindible el estudio del lenguaje como vía para acceder a realidades sociales a través del análisis de redes de significación, como proponía la nueva historia cultural. Lo nuevo de esta novísima historia consistía en un “nuevo

⁶ H. Aram Veese, “Introduction”, en Id., *The New Historicism*, Nueva York, Routledge, Chapman and Hall, 1989, p. ix. En su contribución a este volumen, “Literary criticism and the politics of the new historicism”, Elisabeth Fox Genovese define el nuevo historicismo como “un hijo bastardo de una historia que se parece a la descripción densa de la antropología y a una teoría literaria en busca de su posible significado”, p. 213.

cambio de paradigma” que disolvía la estructura dicotómica sujeto/objeto en la que se basaba tanto la vieja historia social como la nueva historia cultural, y exigía por tanto a los historiadores adoptar “un nuevo orden del día” a partir del “abandono decidido del modelo teórico dicotómico y de sus términos constitutivos”. Para la rápidamente convertida en vieja nueva historia cultural (la “old new cultural history”) el lenguaje continuaba siendo una entidad cultural y un medio de expresión de significados objetivos susceptibles de ser explicados por medio de la interpretación, mientras que para la dos veces nueva historia cultural el lenguaje disolvía la distinción entre objeto y sujeto, que había quedado obsoleta, como propia de empiristas irredentos, sean sociales o culturales, agarrados a sus viejos dogmas: la historia, como la teoría literaria, sería una “actividad intralingüística”, lo cual quiere decir, en definitiva, que fuera del texto no hay nada, o más bien, que los hechos que ocupan a los historiadores no son tales sino, como escribe Juan J. Carreras, textos disfrazados de hechos: la historia, sentencia Keith Jenkins, es “un discurso, un juego lingüístico”⁷.

No se trataba pues, tras el giro lingüístico concomitante al posmodernismo, de un mero retorno a la narrativa sobre el análisis, ni a un subjetivismo que hubiera invertido los términos en su relación con la objetividad, ni al anuncio del fin de los grandes relatos. Era, por el contrario, o pretendía ser un nuevo paradigma teórico en el que el mundo social se reducía a una construcción discursiva: en un primer momento, la sociedad quedó disuelta en la cultura; inmediatamente, la cultura se redujo a lenguaje y la acción a comunicación. En consecuencia, y si los enunciados dejaron de ser considerados como expresiones de la experiencia y como representaciones de una realidad extraexperimental para ser vistos –al modo en que los ve Richard Rorty- como “sartas de marcas y sonidos usados por los seres humanos en el desarrollo y prosecución de unas prácticas sociales que capacitan a la gente para lograr sus fines, entre los que no está incluido ‘representar la realidad

⁷ Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001, pp. 177-179; Juan José Carreras, *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, pp. 92-93; Keith Jenkins, *Repensar la historia* [1991], Madrid, Siglo XXI, 2009, p. 41.

como es en sí misma”⁸, es decir, si la idea básica del giro lingüístico y de la teoría posmodernista de la historia consiste en negar que la escritura histórica se refiera a un pasado real, entonces la historia no sería más que otra forma de la escritura de ficción⁹.

El abandono de los últimos restos de la filosofía especulativa o conjetural de la historia surgida con la Ilustración, en su doble desarrollo whig y marxista o, en lo que tenía de una historia con sentido, como historia de la libertad o como historia de la emancipación, había dado lugar a una impresionante bibliografía en la que los conceptos que circularon con mayor profusión fueron los de nueva, giro, post y fin. Pero una vez anunciado el “new historicism” y completado el último giro de todos los giros posibles –el que proclamaba el fin de la historia- lo que quedaba del sueño del “viejo” historicismo de escribir acerca de lo *realmente* ocurrido en el pasado para ilustración, deleite, conocimiento y lección del presente se acercaba a la nada, sobre todo si se ponía el acento en el adverbio: *realmente*, qué ilusión. Por decirlo de modo sumario y sin poder prestar atención a todo lo debatido en la última década del siglo pasado: el posmodernismo acompañado del giro lingüístico y cabalgando sobre un terreno ya acondicionado por la nueva historia cultural anunció un nuevo historicismo que significaba en realidad el fin de la escritura de la historia, celebrado por Keith Jenkins cuando aseguraba que la “conciencia histórica” era un lujo que occidente se había permitido durante los últimos doscientos años y del que podíamos prescindir: la idea de una historia posmoderna no tenía mucho sentido¹⁰. Sin duda, no lo tiene, pero la propuesta derivada de esa afirmación, que procedía en su mayor parte de departamentos de literatura, fue contestada por los historiadores que continuaron su trabajo respondiendo a la crisis de los últimos restos del

⁸ Richard Rorty, “Veinte años después”, en *El giro lingüístico. Dificultades metafísicas de la filosofía lingüística*, Barcelona, Paidós, 1990, pp. 164-165.

⁹ Así lo resume, con su habitual concisión y claridad, Georg Iggers, *Historiography in the Twentieth century. From scientific objectivity to the postmodern challenge*, Middletown, Wesleyan University Press, 2005, p. 118. Sobre el culturalismo como una derivación del idealismo, Julio Carabaña, “De la conveniencia de no confundir sociedad y cultura”, en Emilio Lamo de Espinosa y José Enrique Rodríguez Ibáñez, *Problemas de teoría social contemporánea*, Madrid, CIS, 1993, pp. 87-113.

¹⁰ En la entrevista concedida a Aitor Bolaños de Miguel, en *Repensar la historia*, p. 99.

paradigma ilustrado abriendo nuevos campos a la investigación y tomando más en serio el hecho de que, en efecto, el historiador narra y, al narrar, escribe¹¹.

El énfasis en lo cultural y en lo narrativo –dicho de otro modo, en que la historia es un relato interpretativo- afectó de manera decisiva al trabajo del historiador en lo que tenía de oráculo, de intérprete del futuro. Las filosofías de la historia no incluían solo visiones hacia el pasado como guiado por alguna especie de ley universal de evolución y, por tanto, no eran solo eurocéntricas y principal si no exclusivamente interesadas por aquellos sujetos a los que se atribuía un poder especial en la conducción del proceso, grandes personajes o grandes Estados. Esto era así, desde luego. Pero a eso se añadía una expectativa de futuro, la seguridad de que esas leyes, susceptibles de ser científicamente conocidas si se aplicaba el pertinente método de investigación, actuaban en la dirección de una sociedad más libre y más igualitaria. Por su pretensión científica objetivista, el viejo paradigma llevaba en sí mismo un anuncio de futuro, era teleológico, de manera que bien comprendido, analizado o explicado, el conocimiento del pasado ofrecía un instrumental, unas herramientas para la transformación del mundo. Al ponerse en duda, o simplemente negarse, la posibilidad de un conocimiento científico del pasado y, en consecuencia, al desvanecerse el contenido profético de este saber, nada de extraño tuvo que el hundimiento del socialismo real y la solemne proclamación de la democracia (y soterradamente, del capitalismo) como horizonte irrebasable de la política (y con la boca pequeña, de la economía de mercado) anunciara el fin de la misma historia: si el conocimiento científico del pasado no servía para arrojar luz sobre los caminos del futuro, ¿para qué perder el tiempo averiguando como ocurrieron en realidad las cosas en un tiempo que ya no es?

Resultó, sin embargo, que si la crisis de los regímenes comunistas solo dejó en la superficie restos del naufragio a la deriva, la de la historia, asentada ya como profesión en cientos de departamento universitarios repartidos por todo el mundo, no sólo el occidental, se resolvió con una apertura a la

¹¹ Los principales debates en torno a posmodernismo e historia, que alimentaron durante años las páginas de *Past and Present* y de *Theory and History*, están recogidos en Keith Jenkins, ed., *The postmodern history reader*, Nueva York, Routledge, 1997.

pluralidad. Para lo que nos interesa aquí, hizo visible y trajo a primer plano lo que la teleología ilustrada y sus derivados arrojaban a los márgenes y volvían invisible, y se expandió por territorios antes inexplorados: historia de mujeres, de negros, de esclavos, de marginados, de perdedores, de excluidos de los grandes procesos configuradores de mundo occidental y de sus protagonistas que hasta entonces habían acaparado, o eso se decía, la atención de los historiadores: hombres, blancos, europeos, líderes. Pero desvanecido el sentido de una historia universal precisamente cuando el capitalismo triunfaba sobre su enemigo secular, el propósito no era solo conocer lo desconocido, sino dotar a aquellos grupos, sectores o comunidades marginados, de una identidad propia definida históricamente por la condición misma de excluidos o derrotados del gran proceso triunfante, y políticamente por una reivindicación de presencia: trabajando por su historia se participaba en la construcción de su identidad separada. Más entonces que orientado al futuro, el historiador se comenzó a concebir como instrumento de la recuperación de un pasado con el que las sociedades europeas o, más genéricamente, occidentales estaban en deuda una vez culminados los procesos de modernización. Como si se dijera: puesto que el futuro ha muerto, recuperemos el pasado con objeto de elevar la calidad de nuestro presente devolviendo el ser social a quienes habían permanecido en los márgenes de la sociedad o habían sido derrotados y aplastados porque es la herencia de los perdedores donde únicamente radican los gérmenes de otro futuro: los estudios sobre construcción de identidades comenzaron a inundar las mesas de novedades de todas las librerías del mundo occidental. Y en este cometido de devolución de identidad, la historia tendría que definirse muy pronto frente a otra alternativa que, en ese terreno, le planteaba nuevos problemas porque se presentaba mejor equipada para la empresa de devolver su ser a los derrotados o excluidos del pasado: la memoria, en sus diferentes dimensiones colectiva, social o cultural.

* * *

La compleja crisis de la historia social clásica y las derivaciones que, en un primer momento, más se hicieron notar en España al abrigo de la consolidación del Estado de las autonomías, con el auge de estudios sobre las

diversas identidades nacionales –catalana, vasca, gallega, pero también andaluza, cántabra, navarra... y en menor medida, española y, en los huecos que dejaba la construcción de naciones, el impresionante auge de la historia local-, me pareció más que una crisis una oportunidad de apertura de nuevos territorios. “¿La historia en crisis?” fue el título de un breve artículo con el que abrí un número de un cuadernillo de *Temas de Nuestra Época*, encargado por *El País*, para el que solicité la colaboración de Roger Chartier, Gabrielle M. Spiegel, Carlos Martínez Shaw, Peter Burke y Lawrence Stone, participantes en el Congreso “Historia a debate” que se celebró en Santiago de Compostela en 1993 convocado por Carlos Barroso. En mi opinión, el hecho de que la predicción de un historiador económico y social como Eric Hobsbawm acerca de la revolución soviética como puerta del futuro no solo no se hubiera cumplido sino que se hubiera visto radicalmente desmentida por los hechos indicaba lo extraviado que puede resultar el juicio de un gran historiador cuando se reviste con el ropaje de profeta. La generalizada constatación de que las grandes escuelas y corrientes históricas habían entrado en crisis o, más exactamente, de que ya no determinaban la agenda de investigación, de que –como escribió Peter Novick- no había ningún rey en Israel, o como decían desde *Annales*, que la historia estaba “en migajas”, la viví, sin embargo, como una gran oportunidad de expansión en todas las direcciones, afirmando que la pluralidad de corrientes, la eclosión de temáticas, los caminos cruzados, la apertura e indeterminación del futuro constituían la situación normal de la historia como de toda ciencia social. Crisis sería seguir trabajando con la creencia de que el conocimiento del pasado fuera la llave o la herramienta para construir un futuro del que desaparecerían todas las contradicciones¹².

Poco tiempo después reafirmé esta primera impresión de que no estábamos ante una crisis, sino en todo caso ante la pérdida de hegemonía de las grandes escuelas de la historia social concebida como historia de grandes procesos o de totalidades sociales. Pues la historia de acontecimientos, la descripción densa, la biografía, la historia política, la historia de la vida diaria, la antropología histórica, la historia de la cultura, la microhistoria, la historia local, habían gozado siempre de buena salud. Ocurría, no más, que los cultivadores

¹² “¿La historia en crisis?”, *El País, Temas de Nuestra Época*, 29 de julio de 1993.

de esos y otros campos del saber histórico reivindicaban ahora con fuerza “no ya un lugar al sol sino la cabeza del cortejo”. No es por tanto, terminaba yo aquel comentario, el momento de una crisis sino el comienzo de un verdadero pluralismo, del relativismo epistemológico impuesto por el simple hecho de que “oyendo a Menocchio hemos aprendido tanto o más de su mundo que con varias historia estructuralistas o marxistas”¹³. Me disgusta haber escrito eso, pero en fin, ahí está como testimonio de cierto apresuramiento, pues ninguna historia estructuralista o marxista se propuso nunca lo mismo que Ginzburg dando vueltas al queso y los gusanos de su famoso molinero. Mi comparación no era afortunada: Ginzburg no buscaba ni, por tanto, encontraba, lo mismo que Hilton, pero eso no quería decir que lo encontrado por éste, y otros de idéntica cuerda, no dijera del mundo feudal tanto o más que lo descubierto por aquel en su espléndido ejercicio de historia o microhistoria cultural. Lo que diría hoy es que la práctica historiográfica, lo que los historiadores investigan, construyen y escriben nunca se ha dejado encerrar en un paradigma determinado. No ha sido necesario esperar al posmodernismo para que se consumara el abandono de la filosofía ilustrada de una historia regida por una ley de progreso universal que se desarrolla en tres o más estadios; ni hemos tenido que esperar a Ankermit para caer en la cuenta de que la historia es narración. La historia, desde su ya secular profesionalización como acercamiento científico al pasado, desde la “new history” alumbrada hacia 1900, ha discurrido por numerosos y diversos caminos y ha tratado de múltiples y muy distintos objetos y, según cuales fueran esos caminos y esos objetos, se ha servido de diferentes conceptos o teorías y ha privilegiado sus relaciones con unas u otras ramas de las ciencias sociales. Y así parece que será también en el futuro

La aparición de las nuevas historias significaba, pues, que la sociología y la economía, en otro tiempo hegemónicas en la pretensión de una historia total en forma de historia económico-social, habían tenido que ceder espacio a nuevas compañeras, lo cual no venía más que a refrendar una práctica ya

¹³ “Recientes debates sobre historia social”, en José L. de la Granja, Alberto Reig Tapia y Ricardo Miralles, comps., *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, p. 254. Hobsbawm interpretó los nuevos giros como “The new threat to history”, en *The New York Review of Books*, 16 de diciembre de 1993, pp. 62-64.

conocida, pues en una historia vieja ya de más de un siglo, cada vez que una escuela pretendía y conquistaba durante algún tiempo o en cierto territorios una clara hegemonía, siempre encontraba otras escuelas u otras prácticas que inmediatamente se la discutían o que continuaban su camino de espaldas a la historia que, por seguir con la metáfora de Novick, reinaba en Israel. Por tanto –era mi conclusión- había que tomar con un grano de sal las intermitentes proclamas que certificaban la aparición de una “nueva” historia o anunciaban otro “giro” epistemológico, por no hablar de un nuevo “paradigma” que cada cual se saca de la manga para llamar la atención sobre la originalidad de un nuevo –real o presunto, en todo caso proclamado- giro: ni lo nuevo ha sido nunca tan nuevo, ni los giros han compelido a todo el mundo a cambiar la dirección de su camino, ni los paradigmas funcionan, ni podrán nunca funcionar, en historia a la manera en que Khun pensaba que funcionaban en las ciencias antes llamadas exactas.

Tal vez mi manera de tomar la crisis se debía a que a mediados de los noventa estaba convencido, por una parte, de que los debates teóricos sobre los fundamentos del conocimiento del pasado, o sobre filosofías viejas y nuevas de la historia, se estaban volviendo tan endogámicos, tan autorreferenciales, que constituían ya en sí mismos un género, perdiendo aceleradamente la capacidad de inspirar a los historiadores y de influir en la práctica historiográfica. Resultaba tan laborioso mantener una actividad como historiador, investigando el pasado y escribiendo historia, y moverse al tiempo en el volumen siempre creciente de debates teóricos que planeaban por las regiones de la abstracción sin referirse a ninguna obra de historiografía que no fuera del siglo XIX, cuando quienes escribían historia eran mitad historiadores mitad filósofos de la historia, que al final cuando un historiador volvía a plantearse las preguntas que están en la raíz de su oficio: ¿qué ha ocurrido? ¿cómo ocurrió? ¿por qué ocurrió? e intentaba contestarlas investigando y contando una historia, el imposible destilado de aquellos debates en torno a tanto “new”, a tanto “turn” y a tanto “post”, no le servía de mucho. Sobre todo porque, mientras tanto, la historia había multiplicado y especializado sus campos y lo que desde una teoría o una filosofía de la historia podía resultar relevante para un historiador de la política guardaba poca relación con los intereses del historiador de la demografía. Si la historia escrita por

profesionales había estallado en cien direcciones ¿cómo podría aspirar una teoría de la historia a dar cuenta de todas las historias posibles? El fin de los grandes relatos, proclamado por los filósofos del posmodernismo, arrastraba el fin de la filosofía de la historia y el estallido de las prácticas historiográficas implicaba por lo mismo el fin de una teoría, sea cual fuere, de la historia con aspiraciones de totalidad. Por lo demás, las novedades, los retornos y los giros no eran más que desplazamientos a primera línea de algo que desde mucho antes había estado allí presente en la práctica del historiador y que, por circunstancias del momento, por moda, por un cambio de clima cultural, o por oportunidades de mercado, adquiriría nuevo brillo: el retorno de la narrativa mal podía producirse cuando nunca se había ido, de la misma manera que la interpretación de las culturas mal podía definirse como giro cuando ya había estado presente en la historia desde sus mismos albores ¿Acaso no escribía Buckhart historia cultural? Y Thompson ¿no era historia cultural de primerísima calidad su *The making of the english working class*? Por no hablar de Norbert Elias y su *Proceso de civilización*. Y por lo que respecta a la interpretación ¿acaso no era el núcleo del historicismo la interpretación de un fenómeno individual o de un proceso singular por medio de una elaborada crítica hermenéutica?

En todo caso, cuando se trataba del problema central planteado por el giro lingüístico, que el historiador *escribe* una historia, un relato sobre el pasado, mucho de lo que aparecía como nuevo se encontraba ya en Croce o, de manera muy directa y muy didáctica, en Edward H. Carr: que el historiador viaja al pasado cargando con lo que él es subjetivamente, con sus experiencias previas, su ideología, echando mano a los recursos teóricos que le ayudan a comprender, interpretar o explicar los hechos del pasado y que, con todo eso a cuestas, escribe una obra y, por tanto, *inventa* un relato. Comenzar el análisis por el resultado ya acabado de su trabajo, la narración, para de ahí derivar que todo es narración y que nada hay más allá del lenguaje, desplazaría a un segundo lugar la búsqueda de las evidencias sobre las que el historiador construye el relato; y al contrario, olvidar que por muchas evidencias que reúna, al final tendrá que narrar y por tanto crear una trama, argumentar, utilizar conceptos, recurrir a tropos, llevaría a reducir su trabajo a una aburrida crónica de hechos documentados. Por supuesto, dependerá de las evidencias

reunidas, de la capacidad teórica para establecer conexiones entre ellas y de la creatividad de su narración la calidad del producto final, o sea, la amplitud, la agudeza, la penetración y la riqueza de la interpretación, la explicación o la representación finalmente ofrecida al público.

Pero si en esto consistía el destilado de lo que se quería decir al hablar de nueva historia, yo no acertaba a ver en qué esta teoría del conocimiento, o en qué la filosofía narrativista de la historia que anda por el fondo de esta nueva visión, supera la tradicional y nunca resuelta discusión entre realistas y nominalistas, entre materialistas e idealistas. Será que soy desde los años de mi, luego abandonada, afición por la filosofía y la teología una especie de ideal-realista, pero el caso es que por más vueltas que le he dado –y van ya unas cuantas- me considero incapaz de apreciar qué hay tras del enunciado de que el lenguaje construye la realidad si se suprime de esa afirmación la evidencia de que también la enuncia, expresa, significa, interpreta o representa, ni puedo apreciar qué cosa hay de nuevo en el primer punto de la primera de las seis tesis sobre filosofía narrativista de la historia de Frank Ankersmit: “Las narraciones históricas son interpretaciones del pasado”. Lo son, sin duda, y quizá también sean, en determinados ámbitos de la historia, mejores pistas para comprender el pasado que los términos descripción y explicación, como también dice Ankersmit en sus tesis. Pero eso ya lo sabía Collingwood cuando respondía a la pregunta *¿Cómo procede la historia?* con esta sencilla respuesta: interpretando testimonios; el método de la historia “consiste esencialmente en la interpretación de testimonios”¹⁴. Pues sí, me decía yo, el historiador interpreta y narra, pero eso no es óbice para que también explique y analice cuando se trata de materias que exigen una explicación y un análisis más que, o entreverada con, una interpretación o una “narrativa”.

En cualquier caso, y a pesar de todos estos debates y de tantos giros como llevo contabilizados en lo que desde hoy comienza a ser una larga vida, lo primero en el trabajo del historiador ha sido siempre, para mí, la indagación en la acción y lo que más me ha interesado desde mi juventud en la ciencia

¹⁴ Frank Ankersmit, “Seis tesis sobre la filosofía narrativista de la historia”, recogidas en *Historia y topología. Ascenso y caída de la metáfora*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 71. R. G. Collingwood, *Idea de la historia* [1946], México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 19.

social, en Marx como en Weber, en Parsons como en Habermas, es saber qué me decían acerca de la acción, pues la acción construye realidad social que es en sí misma, en cuanto realidad humana, significativa. Y lo segundo, en el plano epistemológico, es que a los significados de la acción se accede por el lenguaje, que no es, desde luego, un cristal a través del cual se ve el mundo pero tampoco un espejo que solo refleja la imagen del que habla. En mi opinión, la nueva historia cultural, centrada en significados, no hacía más que acentuar algo que estaba presente ya en la teoría weberiana de la acción: que los significados que damos a nuestras acciones ejercen una influencia causal en los hechos y en los procesos sociales, entendiendo siempre causa en el sentido que Weber daba al concepto. El mismo Clifford Geertz, al enunciar el supuesto de su estrategia de “descripción densa” en una fórmula que se volverá rápidamente célebre, recurrió como era obligado a Max Weber, con quien compartía el postulado de una estrecha relación entre acción y significado: “Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie”¹⁵.

Explicar quedaba, pues, limitado –o ampliado, según se mire- a interpretar significados: lo cual puede ser fructífero cuando se trata de una pelea de gallos pero plantea algún problema cuando se trata de una revolución o de la construcción del Estado. Por eso, y ahora con Charles Maier, yo también lamentaría que, por un movimiento pendular de lo social a lo cultural, la *agency* quedara disuelta en un océano de discurso¹⁶: hemos llegado a un punto en que no importa tanto lo que hacían, o cómo se relacionaban, las gentes en el pasado como el discurso con que interpretaban lo que hacían o legitimaban sus relaciones: el análisis causal sustituido por la representación discursiva, por ese predominio del *discours sur le discours* inspirado por la

¹⁵ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Madrid, Gedisa, 1988 [orig. 1973].

¹⁶ Charles Maier, “A surfeit of memory? Reflections on history, melancholy and denial”, *History and Memory*, 5 (otoño-invierno 1993), pp. 144 y 145.

crítica cultural al que se refería Carl Schorske¹⁷. Y tal vez sólo sea una casualidad, pero en el número de *Ayer* que se acaba de difundir hace unos días, de los seis artículos que componen su dossier, tres llevan la voz “discurso” en su título, uno más trata de “cultura política” y los otros dos se refieren a lectura y figuras. En un dossier sobre “Género y modernidad, de la Ilustración al liberalismo”, es llamativo que ninguno trate del lugar de las mujeres, o de algunas mujeres, en el mundo, en la sociedad, en las relaciones de poder: todos tratan de representaciones de la mujer: a este ritmo, los historiadores acabaremos siendo intérpretes de pasadas interpretaciones, creadores de discursos sobre discursos.

¹⁷ Carl Schorske, *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad*, Madrid, Taurus, 2001, p. 373.